RESEÑAS

Roper, G.L., *The writer's workshop: Imitating your way to better writing*, 2007, Wilmington, ISI Books.

RECEPCIÓN: 17 de marzo de 2016.

APROBACIÓN: 3 de mayo de 2016.

Si usted duda de que la lectura de un manual de redacción pueda ser divertida o refrescante, lo invito a atemperar sus justificados reparos leyendo *The writer's workshop*. A diferencia de otros manuales del mismo tipo en lengua inglesa,¹ el de Roper no pretende explotar tanto las virtudes *teóricas* de una *instrucción* acerca de lo que constituye un buen texto literario, cuanto las virtudes *prácticas* de la *imitación* de la pluma de los grandes maestros. Por supuesto, no significa que Roper albergue la opinión de que una educación formal en los “elementos de estilo” no sea de utilidad en la tarea de fraguar una pluma competente. Sin embargo, forma parte del ADN de *The writer's workshop*, por un lado, la convicción de que lo que hace a alguien un buen escritor es su capacidad de articular ideas, emociones o puntos de vista de un modo eficaz, y no la extensión de sus conocimientos de teoría literaria; y, por el otro, su confianza en el potencial que tiene un ejercicio tan restrictivo como la emulación para la constitución y el robustecimiento de una voz personal. Estas características, aunadas al estilo desenfadado, aunque delicado, de su autor, le confieren al libro de Roper una frescura lúdica que hace muy placentera su lectura y casi irresistible el desafío de “meterse en las manos” de un Hemingway, de una Sojourner Truth o de un Dickens.

The writer's workshop está dividido en siete capítulos, para que el aprendiz se ejercite en el manejo de siete importantes funciones de la lengua escrita, desde la descripción de algún objeto, hasta sutiles distinciones conceptuales y persuadir mediante la aplicación de recursos lógicos y retóricos. Los segmentos

¹ Pienso, por ejemplo, en *The New York Times Manual of Style and Usage* o en el *Chicago Manual of Style*.

RESEÑAS

del manual están organizados como variaciones de un mismo tema. A modo de apertura, Roper introduce la función lingüística considerada en el capítulo (por ejemplo, definir con precisión nuestras palabras) y expone las ventajas de dominar esa función para la satisfacción de ciertas necesidades cognoscitivas o comunicativas (por ejemplo, conocer la esencia de un objeto). Más adelante, Roper le propone al lector que redacte un texto que sirva como testigo de su *savoir-faire* inicial y que le permita ponderar, más adelante, las maneras en que el trabajo imitativo le ayudó a superar sus limitaciones originales o a consolidar sus buenas corazonadas. La parte central de casi todos los capítulos de *The writer's workshop* está formada por tres elementos: 1) los fragmentos literarios destinados a ser imitados, debidamente precedidos por un breve bosquejo de su contexto histórico y artístico (podemos encontrar pasajes provenientes del *Retrato del artista adolescente* de Joyce, de la Biblia o extractos de la correspondencia entre el papa Gregorio VII y el rey alemán Enrique IV); 2) imitaciones de estos pasajes elaboradas por antiguos alumnos de Roper, seguidos de observaciones de su propia cosecha con las que busca dejar en claro (entre otras cosas) las cualidades que distinguen una buena imitación de una mala; y 3) unos comentarios de carácter teórico o filosófico sobre las ideas movilizadas en el fragmento en cuestión (por ejemplo, la relación entre ciencia y fe o la distinción entre el positivismo y el iusnaturalismo) o de los recursos estilísticos por medio de los cuales los maestros refuerzan su voz (por ejemplo, las oraciones secas y duras de Hemingway o el empleo del monólogo interior, tan característico de la prosa madura de Joyce). Los capítulos cierran con ejercicios para aficionados y con una nota sobre las repercusiones de lo aprendido no solamente para el oficio de escritor, sino para el no menos complejo oficio de lector y, en general, para la tarea de asimilar recursos conceptuales para articular de manera más fina nuestra experiencia del mundo.

Por otro lado, en la medida en que *The writer's workshop* está pensado como libro de texto para un taller de redacción a nivel universitario, Roper incluye en cada capítulo, en notas al pie de página, comentarios y sugerencias para guiar la impartición de los contenidos teóricos del capítulo (sugerencias no destinadas al aprendiz, pero que puede aprovechar). Estos comentarios tienen muchas virtudes, como introducir distinciones fundamentales de análisis literario (microestructura y macroestructura, signo y significante, etc.), delinear la estructura expositiva y el aparato retórico de los pasajes reproducidos, iluminar los aspectos de la dicción o de la perspectiva empleadas por los autores que son de relevancia para la imitadora, así como brindar recomendaciones para

dirigir las sesiones del taller. No son, ni mucho menos, virtudes menores. Por consiguiente, si decide acudir a este libro con el fin de organizar un taller de redacción en lengua inglesa, o si simplemente usted es un lector escrupuloso, es conveniente que sepa que gran parte de la acción de *The writer's workshop* transcurre, digamos, entre bastidores, en sus indeclinables notas al pie de página.

Roper trabaja con la hipótesis (acertada, a mi juicio) de que la labor emulativa no solamente sirve al propósito de enriquecer el horizonte expresivo del aprendiz, sino que también es útil para ayudarle a encontrar y a fortalecer su propia, única, voz. Esta idea, a primera vista puede parecer sospechosa, pues, podría pensarse, cómo es posible que el ejercicio de remedar un estilo y una voz, de revestir una sensibilidad propia de un contexto muchas veces alejado del nuestro por varios cientos, si no es que miles de años, perfeccione la manera en que articulamos nuestra perspectiva, nuestros intereses, nuestras expectativas o convicciones. Y, por lo demás, ¿qué tanto la tarea de imitar realmente estimula habilidades que, como las literarias, requieren imaginación, ingenio y un peculiar sentido del color, de la pertinencia y de la fuerza de nuestras palabras? ¿Cuánto de *creativo* contiene el arte de imitar y cuánto de meramente *mecánico*?

Soy de la opinión de que quien albergue semejantes dudas ignora dos detalles importantes. El primero es que, después de todo, la imitación ha sido desde tiempos inmemoriales escuela del genio literario. Plumas como la de Milton, Shakespeare o Borges se han templado gracias a la emulación de pasajes de Virgilio, Agustín, Dante o la Biblia, sin que lo resintieran ni su vigor ni su originalidad. El escéptico pierde de vista un punto aún más fundamental, y es el hecho de que una buena imitación exige, antes que cualquier otra cosa, una buena *lectura*: exige que consideremos con atención el campo léxico y semántico del autor, el ritmo impuesto por el juego de su puntuación, la elección del punto de vista articulado en el pasaje y el poder evocador de sus imágenes, símiles o metáforas. Requiere, asimismo, que seamos capaces de captar la conexión lógica o temporal de las partes del fragmento, el propósito general de su autor y la forma en que la dinámica y la temática del pasaje se acomodan. En suma, la lectura que promueve *The writer's workshop* es un ejercicio de lo que podríamos denominar *ingeniería literaria inversa*, un acercamiento a la obra para entender sus elementos y los procesos creativos que una lectura ordinaria es incapaz de proporcionar. Esta aproximación fomenta un sentido más fino tanto de las dificultades comunicativas que los maestros

RESEÑAS

confrontaron, como de los medios que aplicaron para superarlas, lo cual no solo enriquece el arsenal expresivo sino que, como efecto colateral, infunde una nueva vida a los grandes clásicos de la literatura y ensancha la experiencia lectora.

Dicho esto, sería un error apresurarse a inferir que los dividendos derivados de una lectura comprometida de *The writer's workshop* se cifran en términos puramente teóricos. Del mismo modo en que la mano de la pianista gana en gracilidad por reproducir hasta el cansancio las piezas de los grandes compositores, así se afianza la mano del redactor si frecuenta e imita el trabajo de los grandes literatos. En un sentido muy básico, lo que busca *The writer's workshop* es, sencillamente, que la práctica emulativa haga su magia. Es probable que ni Roper, ni yo ni usted estemos en posición de explicar por qué *hacer como los demás hacen* enciende esa lumbré que llamamos “creatividad”. El niño comienza imitando con torpeza el comportamiento verbal de su madre, y poco a poco no solo logra hablar como ella, sino que también genera expresiones provistas de sentidos que su madre nunca antes había dicho.² La niña que se inicia en el ajedrez empieza por aprender los movimientos de las piezas y las aperturas de rigor, y a medida que reproduce y memoriza las partidas de los grandes genios, cultiva una habilidad estratégica hasta el punto de llegar a desafiar a sus propios preceptores. Determinar de qué manera se efectúa esta transición entre un comportamiento mecánico y el despertar de una intuición vívida y personal es un tema que no han acabado de dilucidar las ciencias cognitivas. No obstante, el que la práctica sea lo que distingue al neófito del experto no deja de ser, pese a toda su aparente trivialidad, un dato elemental de la experiencia humana. En este sentido, cualquier beneficio para la calidad de la redacción del lector por su trato con *The writer's workshop* debe hacerse retrotraer, en última instancia, a la juiciosa determinación de su autor de explorar esta humilde pero fecunda característica de nuestra cognición.

Roper no pretende que lo que se aprenda en su libro tenga un alcance ilimitado. En particular, sabe muy bien que no zanja las lagunas que cubre normalmente una instrucción formal en los fundamentos de la teoría literaria o la retórica o la lógica matemática. Empero, juzgar el trabajo de Roper con

²De hecho, en la bibliografía hay teorías que afirman el supuesto de que la *imitación* del comportamiento verbal de los padres constituye el punto de partida para la adquisición y el desarrollo de la competencia y la creatividad lingüística de los lactantes; véase, por ejemplo, L. Vygotsky, *Pensamiento y lenguaje*, o, más recientemente, M. Tomasello, *Constructing a language: A usage-based theory of language acquisition*. Huelga decir que tal supuesto es contrario a las asunciones cardinales de la teoría más favorecida por los lingüistas de la actualidad, la teoría generativa de Chomsky.

estos parámetros equivaldría a cometer un serio error de apreciación, pues como indica su título, la aventura a la que *The writer's workshop* nos invita no tiene como fin primordial la complacencia de nuestra curiosidad teórica, sino el cultivo de ciertas habilidades orgánicamente ligadas a intuiciones de orden práctico. Considerado desde esta perspectiva, este manual representa, a mi juicio, un momento significativo en la historia de la pedagogía de la redacción, en el cual la tradición y la modernidad se entrelazan para abonar al progreso de los poderes expresivos de quien, por ocio o negocio, decida acudir a este volumen. Por tanto, si usted tiene interés en promover un mejor nivel de redacción entre sus alumnos, de perfeccionar su técnica literaria o simplemente de pasar un rato agradable descubriendo algunos de los secretos de la pluma de ciertos grandes de la literatura, téngalo por cierto: *The writer's workshop* no lo defraudará.

JAVIER GARCÍA-SALCEDO

Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM